

la vida y la libertad de todos; los ríos, el Sena especialmente, cubiertos de barcas que casi no flotaban bajo el peso y el número de los perversos asesinos; todo el mundo maltratado, porque no quedaba otra opción, sino la triste alternativa entre inquisidor ó inquirido; las picas vibrantes en todos los oídos con amenazadoras vibraciones; la quietud, natural á una tranquila noche, cortada por siniestras sombras, que diríanse surgidas de los abismos infernales; el aire cargado con evaporaciones de lágrimas y gritos de aflicción, juntos con los insultos más groseros y las interjecciones más soeces y los juramentos más blasfemos lanzados por el populacho; al par de la desesperación de una familia, que se retorcia de dolor viendo su jefe natural conducido al calabozo, para ir más tarde al patíbulo, innumerables orgías en tabernas, garitos y lupanares, donde se mezclaban los borrachos con las prostitutas en públicos ayuntamientos; misteriosos esbirros atormentando á seiscientos mil ciudadanos, los primeros y más libres de la tierra, fautores de una revolución inmortal, para que, á los pocos días de proclamar la inviolabilidad del domicilio y la libertad del ciudadano, se viesen sus viviendas señaladas al saqueo y pudiese invadirlas y pasar sus habitantes á cuchillo el primer dictador, ó municipal revolucionario, que quisiese saborear contra los tiranos la tiranía, y darse, como déspota, los gustazos del despotismo. Para justificar todo esto, los revolucionarios aducían el manifiesto complot de la corte con los invasores; aquellos emigrados, tan maldecidos en públicas arengas por los Reyes y tan halagados en secreto; el manifiesto de la coalición realista redactado sobre los pupitres de las Tullerías: desprovistos de guarnición los fuertes, y disperso adrede todo el ejército, desparramado; continuada por modo perdurable contra el Código fundamental y la soberanía popular permanente conjura; convertido cada cortesano en un corruptor; pagados del tesoro de la Casa Real todos los guardias de Corps, disueltos por decretos del Parlamento alentadísimos desde arriba los sacerdotes no juramentados á la resistencia; impresos con recursos de las congruas regias todos los libelos contra la libertad, y mantenidos los libelistas, como halcones soltados á cazar honras ajenas; conducidos los irruptores de la mano por los príncipes y los curas y los nobles hasta París, para que degollasen á todos los libres y borrarán del mapa la progresiva redentora Francia.

Así, á estos efluvios, el gran error de la revolución, seguido de un verdadero crimen, cuyo recuerdo resulta en la posteridad indeleble y cuyo castigo perdurable, se condensaba en la mente colectiva de aquella sociedad con el terrible nombre de Terror y apercibía sobre París lluvias y más lluvias de sangre. Las terribles visitas domiciliarias habíanse reducido, pues, á prodromos del terror. Los menos sospechosos en aquella sazón parecían sospechados. Baste decir que se puso entre los merecedores de prisión por monárquicos á un abogado del afecto de Danton. La menor y más sencilla reliquia del antiguo régimen abría los calabozos; y la horrible apertura de los calabozos traía consigo aparejada la muerte. Así pasaba lo mismo que refieren las historias pasara en tiempo de los triunviro-

antiguos romanos, cuando tales tres monstruos quisieron deshacerse de todos sus enemigos. La simple delación bastaba en una sentencia capital, sin mayores averiguaciones. El deudor delataba sin escrúpulo á su acreedor; el amante, desdeñado de su amada por otro preferido, delataba al rival; al marido lo delataba el adúltero y el aspirante á un adulterio. Diríase que amenazaba una inundación ó que subía un incendio, según las gentes por las alturas trepaban á ocultar objetos ó prendas que pudieran perderlas. Se rasgaba la carta de un pariente, ó se metían bajo siete estadios de tierra las condecoraciones y las veneras del tiempo antiguo y del antiguo régimen. No se respetaba ninguna inviolabilidad, ni las diplomáticas; embajadora de Suecia en París, vió madame Staël allanado su domicilio, presos sus servidores y sus amigos. Pero los esbirros no se cansaban, excavando hasta los fundamentos de las casas para encontrar los testimonios fehacientes de complicidad en los dueños con la invasión y con la realeza. A estas pesquisas acompañaban y subseguían fugas pavorosas. Quién se iba, como el humo, por las chimeneas; quién se ocultaba, como el insecto, bajo las tablas; quién pedía para salvar su vida refugio y asilo á la mansión de los muertos. Pero, los sayones, poseídos por la monomanía colectiva de aquella perquisición y persecución incansables, no dejaban en pie las sepulturas y requerían de las huesas y de los huesos víctimas. No les valió á muchos, ingiosos y expertos en el arte de huir, acostarse sobre camas de moribundos en asilos y hospitales: desde allí los condujeron á la cárcel, y, desde la cárcel á la muerte. Después que se acababa de proclamar la libertad humana, crecían de un modo muy desmedido las prisiones y los calabozos en París. Se habían cerrado las estancias olvidaderas y los subterráneos sepulcrales y los abismos llamados calabozos nobiliarios, para que se abriesen cárceles y más cárceles en la ciudad sacratísima que acababa de oír la promulgación del humano derecho y de levantar un templo á la humana justicia. Y, sin embargo, todos los apresados no pudieron quedar prisioneros, por incapacidad material en las prisiones de retenerlos y guardarlos, que estaban de henchidas y repletas. Prisión de las abadías de San Germán, prisión del Chatelet, prisión de la Fuerza, prisión de Luxemburgo, prisión de los Bernardinos, prisión de San Fermín, prisión del Carmen, prisión de Bicêtre, prisión de la Salpêtrière, prisión de la Conserjería; todos aquellos horrores del infierno de la Edad Media, donde se habían visto y oído rechinar de quijadas, machaqueos de huesos, trucidaciones de cuerpos, extracción de ojos, potros de tormento, suplicios espantosos, agonías diabólicas, muertes desesperadas, abrieron sus fauces, como sepulturas que bostezasen, para devorar en sus abismos la generación que se creía redimida por el advenimiento de la democracia y por el amanecer de la libertad. Sección municipal hubo que se negó á pensar en justicia distributiva ninguna, en selecciones de los que se debían matar y de los que debían vivir: condenólos todos en masa y tropel á muerte la sección del barrio Poissoniere. Otra sección, la perteneciente al extremo, llamado barrio de las Termas, dijo que, «para exter-

minar el enemigo aglomerado en las fronteras, necesitábase antes exterminar al enemigo encerrado en París». Un grito, salido del seno de la revolución, exclamaba: «para ponerse frente al extranjero, que nos recibe á tiros, y hacerle cara, no dejemos á nuestras espaldas los traidores, que maquinan ahora nuestra perdición.» Solamente una voz autorizada, un esfuerzo de viril elocuencia, un llamamiento á los afectos humanos podía con un «*Quos Ego*», como el despedido por la divinidad virgiliana sobre los oleajes y los huracanes, aplacar la tormenta; pero no hubo labios capaces de proferirlo. El Parlamento nacional había pasado al club jacobino. El verbo de la tribuna quedaba sustituido por el resuello de los sayones. Ya no existía en el Congreso aquella majestad olímpica, mostrada por la soberanía Constituyente los días más adversos á su poder y á su fortuna. El Cuerpo Legislativo bajaba las escaleras de su trono, echado á puntapiés por la Comunidad revolucionaria. Quiso renovarla, y no le fué posible; tuvo que obedecerla y seguirla. El decreto disolviéndola y llamando á nuevas elecciones fué votado por unanimidad casi al comienzo y revocado, por casi unanimidad también, al fin de una sesión.

En aquel momento sólo existían tres hombres capaces de conjurar los efluvios de muerte y de matanza, esparcidos por Marat, elevado desde sus antros á la Comunidad, y por consiguiente verdadero dictador. Era uno de los tres, Vergniaud; era otro Danton; era el tercero, y por ciertos aspectos era el único, Robespierre. Pero ninguno de los tres pudo hacer cosa ninguna en días tan siniestros. Vergniaud, á pesar de haber depuesto al Monarca y convocado la Convención en proyecto de ley suyo, sentía como pasaba la ola revolucionaria sobre su frente, anegada y hundida. Después de haber dado á la monarquía un empujón tan grande hacia el abismo, adivinaba el orador excelso cómo la sociedad no vive de ideas puras y soñaba con una transacción imposible, como imposibilitada por su divino Verbo, entre la realeza y la democracia, para que las tradiciones antiguas sirviesen de áncora ó seguro á las libertades presentes y el ideal abstracto se revistiese de carne y hueso en la impura realidad. Este sueño lo recluía en las entrañas del Parlamento, su cuna y sepulcro al mismo tiempo, separándolo del pueblo, desatento á su palabra y divertido de su elocuencia, como fascinados por el éter magnético y misterioso que despedía el dictador inconmensurable, ó sea, la revolucionaria Comunidad. Vergniaud hizo esfuerzos para ser oído con el religioso culto y silencio de otros tiempos; trató de salvar periódicos, hogares, cabezas y honras al monstruo de la plebe hidrófoba y enloquecida; pero su voz no se oía entre las campanas del rebato, los tambores de la generala, el resuello de los matadores, el huracán de los espíritus, el estremecimiento de la tierra en trepidaciones y terremotos que la desquiciaban y la hundían. A mayor abundamiento, el calumniador Robespierre, dotado por el infierno de un espíritu jesuítico y de una índole nativa inquisitorial, deslizaba la especie asesina de que los girondinos, si no estaban por la restauración del trono de los Orleans, sus amigos, estaban por conjurar la invasión

ofreciendo la corona real, desprendida de Luis XVI, al generalísimo de los invasores, al Duque de Brunswick. No servía para cosa ninguna Vergniaud en este momento; ni estado en el caso de recordar la humanidad á los que no querían verle ni oírle; su invocación al derecho humano se hubiera creído un servicio al privilegio antiguo. Sólo Danton mostraba condiciones para conjurar el crimen. Su alma tenía la potencia propinqua que piden los escolásticos para convertir un intento en acto. Pero el grande hombre de acción había vendido al demonio su alma por la patria, como Fausto y otros muchos doctores de la Edad Media se condenaban al fuego eterno por la ciencia. En aquel momento acababa de expatriarse del gobierno, del Parlamento, del Municipio, para recluirse dentro del Campo de Marte y ofrecer su vida, su nombre, su conciencia, su honra en aras de la independencia nacional. Él convocaba las secciones para que las secciones convocasen los mozos aptos á la guerra y dispuestos á correr desalados al territorio invadido en busca del combate y del triunfo; apremiaba los inscriptores de nombres para que llenasen las listas y presentaran los contingentes próximos á partirse hacia las fronteras por el delirio por la libertad que sentían los antiguos cruzados por la cruz; oía extático la estrofa de uña Marsellesa que cantaban en calles y encrucijadas los voluntarios con estrofas y acordes, cuyos ecos derribarían por el suelo á los Baltasares y á los Ciro de la Europa reaccionaria izaba el pabellón fúnebre, señal de una guerra implacable y á muerte, de una guerra exterminadora sobre las torres que parecían vestirse de duelo como viudas; enardecía la sed rabiosa de sangre para ver si aquellos vampiros de la demagogia se chupaban y absorbían la vida de los enemigos del pueblo francés; componía ó encargaba proclamas sobre proclamas, tan sonantes á tempestad, como el toque de generala y el grito de alistamiento y el repique de los rebatos y el tambor de generala y el estampido de los cañones; miraba la salvación de su patria, y por ella se creía tan capaz de todos los crímenes, que sacrificaba su corazón y su conciencia de hombre, al propósito hercúleo de inmolarse sin piedad cuantos compatriotas confiaban en el retroceso y en la invasión.

Por otros tiempos, acaso Pétion, farsante de buena pasta y óptimas intenciones, pudiera con su poder sobre los descamisados, no conjurar tal daño del todo, pero sí disminuirlo mucho. Mas Pétion pertenecía en este momento á lo pasado. Con indudable impotencia desde la rota de los constitucionales hasta la noche del diez de Agosto, la única bocanada de popularidad, que respiró después de tal noche, fué la extendida por una procesión triunfal, en la que, vencedor del pueblo, lo extrajo del fingido cautiverio donde se había falsamente recluido, y lo paseó por las calles como un ídolo en andas y en culto, pretendiendo así coonestar sus obligaciones de Alcalde y sus ideas revolucionarias con su proceder neutral entre las Tullerías y la municipalidad: coartada, bien difícil de probar, pues, aunque decía no haber traicionado en aquel momento á nadie, los traicionó el infeliz en realidad á todos. Su equívoco proceder, lo mismo en la jornada del veinte